

ALGUNAS IDEAS PARA APOYAR AL LIBRO

MAURICIO ACHAR HAMUI, ADOLFO CASTAÑÓN, DIEGO GARCÍA ELÍO, JORGE A. GONZÁLEZ, JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, MA. TERESA MARTÍNEZ LÓPEZ, CARLOS MONSIVÁIS, JOSÉ G. MORENO DE ALBA, VÍCTOR HUGO PIÑA WILLIAMS, ELENA PONIATOWSKA, AMALIA PORRÚA, MARGARITA SIERRA, MARTÍ SOLER, JORGE VELASCO FÉLIX



Nadie duda de la importancia de la educación para el desarrollo económico del país y el fomento de la cultura democrática. Nadie, tampoco, que su instrumento básico sea el libro. Por lo menos eso dicen discursos de políticos, empresarios y distinguidos miembros de la sociedad civil. Pero a la hora de discutir los grandes problemas nacionales, y buscarles salida, el renglón educativo y el mundo del libro no parece prioritario.

En 1982 la crisis económica golpeó fuertemente a la industria editorial mexicana, y la que actualmente vivimos —según datos del INEGI— aún más. El cierre de editoriales y librerías de los últimos meses es, sin embargo, sólo el síntoma de un mal mayor: en México se lee muy poco. Nuestra distancia social con los libros no es sólo producto de la crisis económica sino de una cultura para la que los libros resultan indiferentes o, por lo menos, excéntricos bienes de consumo. Por ello no es extraño que carezcamos de una Ley del Libro, ni que los egresados de nuestras universidades, que al menos estuvieron en contacto con los libros 16 años, no sean, en general, lectores. Sin duda es difícil romper esa inercia. Pero, animados por la propuesta de Ley del Libro de Gabriel Zaid, pedimos a escritores, editores, promotores culturales, libreros, al representante de la industria editorial y a un distinguido bibliotecario, algunas ideas sobre cómo apoyar al libro en nuestro país. Las propuestas que recibimos fueron diversas: suprimir las cargas fiscales, sancionar de manera efectiva la piratería, reglamentar el uso de las fotocopias, regular el mercado, exigir exámenes de cultura general para acceder a puestos públicos, regalar libros en salas de espera y cuartos de hotel, procurar que distribuidores, vendedores y bibliotecarios sean verdaderos lectores, aumentar la calidad y el número de bibliotecas y espacios de lectura, publicar libros baratos, instrumentar una política cultural más allá de los ritmos sexenales, organizar ferias itinerantes, etc. Ojalá estas ideas llamen la atención sobre la necesidad de hacer algo en torno al libro y la lectura, elementos indispensables —y económicos— para fomentar la cultura democrática.

JAVIER ARANDA LUNA

ADOLFO CASTAÑÓN

No podemos abandonar socialmente a los maestros en su tarea, de la que depende todo lo que realmente importa. La convivencia democrática se defiende o se pierde en las escuelas.

Fernando Savater, "¡Los maestros, estúpido!"

Adelanto algunas ideas en torno al libro en México y no sólo propuestas para una ley sobre el libro. Salta a la vista que todo cambio de la situación de la cultura del libro en nuestro país debe pasar necesariamente por una reforma del sistema nacional de bibliotecas, una reforma educativa y más aún, una reforma política y escolar del servicio civil.

1) En México, la gente suele leer sólo para estudiar. Tal vez una manera de promover la lectura y la adquisición de información a través de medios impresos sería que, al menos una parte de la población, tuviese que leer durante buena parte de su vida activa. Me refiero, por ejemplo, a los servidores públicos que acceden a sus puestos en no pocas ocasiones por veleidad digital o predestinación tribal y no a través de un concurso explícito de oposición en el marco de lo que sería un servicio público civil. La instauración de dicho servicio traería como consecuencia un aumento del consumo de libros siempre y cuando dicho servicio se instrumentase no sólo con una orientación técnica sino, más aún, humanista e incluso nacionalista (el grado de ignorancia de la historia y la cultura nacional entre los llamados servidores públicos de bajo, medio y alto nivel puede alimentar no pocas reflexiones). Desde luego, habría que revisar las condiciones requeridas para los cargos de elección popular (diputados, senadores, gobernadores) e instrumentar un examen que comprobara en el candidato un mínimo de conocimientos escolares y de cultura general, por ejemplo de ortografía y de historia y cultura nacional. En un país como México, es claro que si los servidores públicos se sometieran a un examen de conciencia escrita ganaría calidad la vida civil y la educación.

2) Otro punto relacionado con el tema es el de la profesionalización de los trabajadores y ejecutivos asociados con la cultura del libro y la industria de la comunicación. ¿Cómo promover la lectura entre los periodistas, distribuidores de libros, impresores, editores locutores de radio y T.V., productores en general de los medios de comunicación?

3) También sería interesante revisar en la escala salarial el nivel de los maestros de educación básica, media y superior, así como el de bibliotecarios, libreros, correctores y demás personas relacionadas con la difusión, uso y producción del libro en el sector público. Me pregunto si en la universidad misma algunos profesores eméritos no ganan menos, mucho menos que aquellos discípulos suyos que se han dedicado a la Administración.

4) Asimismo sería de interés revisar el lugar que ocupa la creación de libros en los sistemas de evaluación, por ejemplo del sistema nacional de investigadores, que parecen diseñados para desalentar la edición.

5) Una ley del libro no podría prescindir de dos renglones: 1) instrumentos legales para promover la cultura escrita mexicana en el extranjero a través del apoyo a la traducción, de librerías mexicanas, publicaciones sobre México y su cultura en otras lenguas; 2) instrumentos para proteger fiscalmente a aquellos oficios relacionados con la cultura del libro —editores, traductores, autores, distribuidores, vendedores, importadores, impresores, etc.; 3) Otro punto a considerar es el de la conservación de las bibliotecas públicas y privadas, su mantenimiento, actualización y, en el caso de las privadas, la creación de mecanismos que permitan conservar las bibliotecas en nuestro país en lugar de que sean vendidas al extranjero.

6) ¿Por qué no promover en el currículo de todas las carreras humanísticas unos cursos sobre la cultura del libro si con las computadoras todos los profesionistas son virtualmente sus propios editores?

7) El asunto de la promoción de libro y de la lectura es, desde luego, algo que habrá de reflejarse en el presupuesto de las entidades públicas respectivas. No deja de ser significativo que tanto la oposición como el gobierno aplacen la discusión seria de sus proyectos de educación y cultura. Entre nosotros, la cultura parece ser una extensión de la política por otros medios, un ejercicio de fragmentación. Por eso sería muy urgente revisar, como señala Pablo Latapí, la supuesta condición alfabetizada de los alfabetizados, letrada de los licenciados. Pero esa revisión no sólo debería ser parte de una iniciativa del gobierno sino de la sociedad misma. Supone, en verdad, un examen de conciencia por parte de la sociedad y en particular de las clases supuestamente letradas. En ese sentido, el análisis de la historia del libro

universitario, el diagnóstico de sus dificultades es algo que compete no sólo a los universitarios.

8) Sugeriría, siguiendo la idea de Joseph Brodsky, que se pusiera un libro de poesía mexicana o hispanoamericana (por ejemplo, una antología) en todos los cuartos de hotel.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

1. La disminución de la venta de libros en México es consecuencia de la pobreza general y de la insuficiente educación. Para el hombre normal son prioritarios los gastos de alojamiento, comida, vestido y transporte. Si algo le sobra, lo gasta en diversión y educación. Los libros pueden ser una de las diversiones posibles, aunque hay otras más accesibles: deportes, espectáculos, televisión y vicios. Y los libros son un recurso básico para la educación. El problema es que la pobreza impide la disponibilidad necesaria para comprar libros.

2. La imaginación, la diversión, la instrucción y la información se nutren con la lectura. Mas, para tener acceso a este placer, es necesario un hábito y una educación. Estos sólo se reciben en la escuela elemental, que puede despertar en los niños el gusto por la lectura. Tanto como la instrucción en materias práctica para la convivencia humana, es indispensable promover en los niños la afición, la necesidad de recurrir a la lectura para satisfacer su curiosidad por el mundo.

3. Al lado del hombre común, suele aparecer una criatura especial que ha descubierto la fascinación de la lectura y que hace de su comercio con los libros su actividad principal. Además de lector, suele ser escritor. Si es pobre, superará sus limitaciones para proveerse de los libros que requiere su infinita curiosidad y su afán de conocimiento.

4. Los libros son una de las mayores creaciones humanas. Guardan la memoria del pasado, registran nuestro conocimiento del mundo, consignan las pasiones y los sueños del hombre y sus cantos a lo divino, a la naturaleza y a las criaturas. Frecuentarlos es uno de nuestros privilegios y su disfrute es un amparo en la ancianidad.

5. ¿Qué hacer para superar la crisis que padece la industria editorial? Mejorar hasta lo imposible la economía popular; despertar en los niños el hábito de la lectura y promover la permanencia de esta afición en los adultos; suprimir las cargas fiscales y aligerar las tarifas de transporte que encarecen los libros; continuar la creación de bibliotecas y salas de lectura públicas y la promoción de colecciones populares. Y en cuanto a los escritores, esforzarnos en escribir mejor para conquistar a los lectores.

CARLOS MONSIVÁIS

Desconfía del hombre de un solo libro

Es muy inteligente y sensato lo que Gabriel Zaid afirma en su propuesta de ley del libro. Estoy por entero de acuerdo, así no sea fácil, y menos en el derrumbadero económico que nos sojuzga, la aprobación de una legislación racional, o la adopción de medidas congruentes. ¿Qué se opone a ello? Entre otras cosas:

— Se carece de una política cultural de largo alcance del gobierno. Lo que hay se divide por los ritmos sexenales, y, por lo mismo, es siempre de corta duración. Con diversos grados de eficacia, se atiende a la clientela existente, pero no se la supone capaz de ampliación, ni se consideran "redimibles" a las masas sujetas a la marejada televisiva. Varios hechos apuntan en la dirección contraria, entre otros el entusiasmo por la música clásica y la lectura, perceptibles en los sectores juveniles, y sin embargo la política cultural apenas los toma en cuenta.

— La distribución es un hoyo negro, y no sólo en el ámbito de las editoriales del Estado. Si los libros no circulan, si carecen de las oportunidades debidas para que por lo menos los lectores habituales sepan de su existencia, las inversiones (a fin de cuentas abundantes en términos comparativos) se vuelven contra las instituciones y las editoriales. Y la falta de distribución iguala a los libros en el foso del anonimato o de la invisibilidad. Zaid tiene razón al hablar de la enorme reducción del público de un libro, por barato que sea, pero aún así estoy seguro de que podrían aumentar los lectores si se tuviese una distribución apropiada. Si no la fosa común de la mayoría de las ediciones será la bodega, el infierno de todos tan temido.

— En relación a lo anterior, un problema gravísimo es la desinformación bibliográfica, que afecta a todas las ramas de la industria editorial y se transmite a los lectores potenciales. Se desconfía, con buenas razones, de la publicidad, pero se confía exageradamente en la propaganda oral, que tiene límites previsibles. El rumor de la excelencia construye la fortuna de algunos libros, y los vuelve obligación social, pero de muchos otros casi nadie se entera.

— Los estímulos de la lectura surgen de factores muy variados: las tradiciones de familia y comunidad, la vida estudiantil, las redes amistosas, las modas, las tendencias místicas y paramísticas, los deseos de superación y los descubrimientos personales. El proceso, como sea, necesita por ese azar que nunca lo es tanto, de bibliotecas, precios accesibles que persuadan a los lectores de mínimos recursos, campañas permanentes de incitación a la lectura, sistemas eficaces de distribución de la vasta y nunca muy accesible producción estatal, etcétera. Los métodos si se quiere convencionales de

acercamiento al libro distan de haberse agotado entre otras cosas porque nunca se han intentado de manera rigurosa y sistemática, pese a la abundancia (en sexenios recientes) de ediciones importantes en número y en calidad que no contrarrestan la falta de proyectos nacionales, la abundancia burocrática y la sujeción de todos los planes a los relevos sexenales. El único rasgo seguro de continuidad, por lo visto, es el placer presumiblemente erótico que los gobernantes extraen de las inauguraciones y la brevísima sección cultural de sus informes. ¿Cuánto tiempo se han sostenido, por ejemplo, y con qué amplitud y recursos las campañas de promoción de la lectura?

— Lo evidente es el sitio ínfimo que el Estado y la sociedad le conceden a la lectura, lo que me demuestra la necesidad de más bibliotecas y librerías que en verdad lo sean. Al respecto, Octavio Paz aclara:

Los escritores mexicanos trabajamos en condiciones particularmente desventajosas: nuestra industria editorial es raquítica, las ediciones son ridículas por lo que se refiere al número de ejemplares, y aún así penetran muy difícilmente en un público que no lee. Y no lee porque no se le ha inculcado, en los hogares ni en las escuelas, el amor a la lectura. La indiferencia ante el libro, general en los pueblos hispánicos, se convierte entre nosotros en una suerte de horror. Para la mayoría de nuestros compatriotas leer un libro es una excentricidad, una curiosidad psicológica que colinda con la patología. Esto ha sido el resultado de años y años de ruidosas campañas de alfabetización (*La Jornada*, 16 de enero de 1993).

Es justa la descripción de Paz, aunque, desde los años sesentas, la situación en algo se modifica con el desbordamiento de la enseñanza media y superior y la disminución del anti-intelectualismo en la sociedad. (Hoy, también, el libro es objeto de reconocimiento, en actitudes que van del respeto al fetichismo). La nueva generación de lectores aprovecha lo que halla a su alcance, y se hace presente en bibliotecas estatales, municipales y universitarias, cadenas de préstamos, fotocopias, búsqueda de saldos. En estas décadas el libro ha llegado errática pero significativamente a sectores que antes lo ignoraban, y, a los que inhiben de nuevo los altos precios y un hecho complementario: no hay el hábito social que considere *productivo* el gasto en libros. Y pese a todo, son numerosas las comprobaciones de la existencia de lectores, no obstante a la televisión y —lo aún más temible— la videocasetera que monopoliza los fines de semana. Pero *lectores* no es por fuerza sinónimo de *compradores*, y el encarecimiento del libro, o, mejor, la disminución del poder adquisitivo de quienes entienden las satisfacciones de la lectura, es una de tantas consecuencias de la crisis económica que el régimen niega con énfasis, y atribuye (si algo reconoce) a los rezagos del pasado y a la economía mun-

dial. En cualquier caso, la disminución de la lectura se ve como el pago mínimo de las generaciones presentes a cambio del bienestar de las generaciones futuras. ("Tus nietos gozarán, viajarán, tendrán ocios creativos y leerán por ti".)

Pero cada lector renueva por su cuenta el optimismo de la sociedad entera.

ELENA PONIATOWSKA

¿Cómo se crean lectores? ¿En donde deberían estar los libros? Desde luego, en las bibliotecas pero también se podría recurrir al sindicato de peluquerías y salones de belleza para ponerlos en sus salones.

En Torreón, cada uno de los cuarenta boleros de la plaza principal recibió un Julio Torri de bolsillo. A los dos días, los boleritos del mercado andaban consiguiendo el libro porque los clientes lo pedían. Eso es crear lectores. Con lo que pagan los boleros de la ciudad de México por siete periódicos a la semana que tiran cada 24 horas, podrían pagar un libro para uso del dueño de los zapatos que bolean.

En Jalisco, en todas las preparatorias oficiales se implantó media hora de lectura y eso ha producido más lectores. Para ello se hizo un Julio Torri de bolsillo, un Juan Rulfo de bolsillo, un Valadés, un Eraclio Zepeda, en fin. Felipe Garrido, quien fue el de la idea, escogió a varios autores mexicanos y los lanzó a la intemperie y fueron bien recibidos.

En el estado de Hidalgo se hizo "Leo y cumplo" (en devolver el libro), un programa temporal que sin embargo logró lectores nuevos.

Con *Los libros del rincón* Marta Acevedo creó una biblioteca en cada salón de clases a lo largo y ancho de nuestro país y la respuesta de los niños fue extraordinaria.

En Chiapas, en un sitio muy cercano al pueblo de Guadalupe Tepeyac llamado *Aguascalientes*, el Ejército Zapatista (EZLN) construyó una biblioteca que se llenó con libros donados (en su mayoría de *Cómo hacer*). El ejército mexicano incendió el local e hizo desaparecer los libros. Ojalá y al general secretario de la Defensa se le ocurriera leer media hora todos los días antes de dar sus órdenes e implantar esa misma costumbre en oficinas y tropa.

La Secretaría de Educación Pública debería repartir libros gratuitos en todos los sitios a los que concurre la gente y espera: las estaciones de tren y de autobuses, los hospitales, las parroquias, los centros de salud, los cuarteles (sobre todo los cuarteles) y los centros recreativos. Casi todos los días, al pasar frente a la casa de Miguel de la Madrid en Francisco Sosa, veo a los soldados que vigilan su espacio. Se aburren, varios perros a su lado. Muy bien podría darles el director del Fondo de Cultura Económica unos tomos de su colección popular para

que se entretuvieran. En la colonia Escandón junto al mercado está la biblioteca Luis Donald Colosio. Está vacía, polvosa y con los vidrios rotos. Al día siguiente de su inauguración, se llevaron los libros y los estantes se vaciaron. Quedó el puro nombre a lo que ahora es un jacalón basuriento.

Antes que editar libros hay que crear lectores. Si no hay lectores ¿de qué sirven las bibliotecas? En los noventas, el porcentaje de lectores es mínimo y ninguno puede llevarse el libro a su casa. En los países con alto índice de compradores de libros, las bibliotecas públicas permiten que el lector se lleve el libro. Aquí no. Van a la biblioteca muy pocos lectores y muchos estudiantes que no tiene para comprar los libros y tienen que hacer la tarea. Como dice Zaid, van por obligación. Una vez hecha la tarea, si no tienen necesidad, no vuelven a poner un pie en la biblioteca.

En las librerías de Estados Unidos hay espacios y hasta café para que la gente hojee y ojee los libros pero en México no hay tanta disponibilidad de los libreros que si ven a un lector con un libro en la mano se lo cobran o se lo quitan. En Sanborn's los escaparates de revistas están atestados de gente que las leen de pie porque no pueden comprarlas o porque prefieren gastar su dinero en otra cosa.

Para finalizar, en los treinta llegaban a decirle a Vasconcelos que se habían robado los libros en los puestos de mampostería de la calzada de los poetas, en Chapultepec.

— ¡Qué bueno que la gente se los lleve, pongan más!

Tenía razón Vasconcelos, a la larga resulta mucho menos caro regalar libros que no educar.

Una biblioteca sirve para que se presten los libros, si los lectores no los devuelven ni modo.

Imponer media hora de lectura todos los días en las escuelas desde la primaria hasta la preparatoria ¿sería mucho pedir?

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Las naciones como los individuos son fuertes y libres en la medida en que son cultas. El vehículo transmisor de la cultura, por excelencia, sigue siendo el libro. En nuestro país se lee muy poco y muy mal. Hay en esto un círculo verdaderamente vicioso: no hay libros abundantes porque no hay demanda de libros; no hay demanda porque precisamente por la falta de libros y de educación en la casa y en la escuela, no se ha tenido la oportunidad de experimentar el placer de la lectura. Por ende, tampoco hay librerías ni bibliotecas convenientes. De estas carencias quizá la más difícil de subsanar sea la ausencia de libros en las casas. En la mayoría de los hogares mexicanos no hay comida ni ropa sufi-

ciente; resulta irónico pedir estantes pletóricos de libros. Ojalá sigan viéndose ahí, al menos, los dignos libros de texto gratuito.

Me parece que la forma más lógica de romper ese círculo vicioso es mediante una educación, sobre todo en la escuela, que conduzca al convencimiento de que la lectura puede ser una fuente de placer. Cuando se haya logrado, en muchos niños y jóvenes mexicanos, ese convencimiento, será necesario (y no necesariamente muy costoso) fortalecer la red y, sobre todo, los acervos de las bibliotecas públicas. Por una parte debe haber más bibliotecas públicas; más importante sin embargo es que estén debidamente administradas, con objeto de que los acervos y los servicios ayuden a satisfacer, en un mayor número de mexicanos, la necesidad de lectura (predominantemente gozosa) que la escuela ha creado en ellos. Como se ve, la solución de ese problema, como de casi cualquier otro, está en la educación, primero de los maestros y después de los niños y jóvenes de México.

Es muy probable que cuando se haya cumplido ese largo proceso educativo (el del convencimiento de que el libro es una verdadera fuente de placer), habrá necesariamente una mayor demanda de libros porque muchos mexicanos, bien entrenados en el hábito de la lectura por una buena escuela y por bibliotecas públicas bien administradas, querrán tener libros en sus casas, desearán poseer libros. Como consecuencia de ello, la industria editorial llegaría a ser próspera, la de librero sería una ocupación económicamente atractiva y, sin duda, el país entero sería más culto y más libre.

VÍCTOR HUGO PIÑA WILLIAMS

Al predicamento de cómo poner al libro y a la lectura a buen recaudo y mejor aire, en lo personal casi lo gradúo como la disputa de dos calvos por un peine. Se alega por algo que se siente lejos del orden de la necesidad pero que, a impulsos de un fariseísmo cultural endémico, los más de los protagonistas afectan percibirlo como asunto de supremo imperativo; aunque en el fondo se tenga por cosa si no prescindible, cuando menos negligible.

Así las cosas y mirados los medios de un país más bien modesto, muy cara procura viene a resultar la que se le hace al libro en esos términos. Haciendo como que se hace. Eso sí, haciendo mucho. Muchos libros, muchas ferias, muchas bibliotecas muchamente llenas, para unos pocos que leen lo de los pocos y para muchos que no leen nada, o mejor dicho, sí, lo de los muchos de mero marchamo.

La mayor tragedia de todas las empresas y campañas en pro del libro estriba en que, en lo operativo, con escasas salvedades quienes se aplican a ello no son lectores intrínsecos. Aquellos para quienes, además de una

forma de la felicidad, el acto de leer entraña un bien cultural indesligable de otros bienes culturales (sobre todo, del que la lengua en que se lee). Es decir, *bienes cultivables*, que componen una feraz rutina del ocio en el negocio diario.

En resumen, en primer lugar propongo que, tanto en librerías como en unidades promotoras de la lectura, los que den la cara a la gente sean lectores. Y que éstos tomen el cargo con base en mecanismos de admisión similares a los utilizados en la concesión de becas para escritores y artistas, o en la contratación de profesionales calificados.

En segundo lugar, propongo que la promoción del libro y de la lectura se lleve a cabo en concomitancia con actividades de fomento al idioma. No es concebible que se pretenda remediar al que anda desatento de los libros si lo dejamos que ande descastado de su lengua. ¿Cómo vendrá a saber que la una se cifra en los otros, que en ellos desata el nudo de su específico goce?

Y tercero. Propongo, para detener a Frankenstein, modificar las disposiciones reglamentarias de universidades y entidades académicas que exigen a los profesores e investigadores, para la promoción de categorías y la obtención y conservación de estímulos, contar con libros publicados. Y de otra parte, para la edición alternativa de las obras de escritores de literatura, impulsar formas de autofinanciamiento concertado, al modo de las populares "tandas" o de los sistemas actuales de adquisición de automóvil en grupo. De hecho, se trataría de la inveterada edición de autor, pero con arreglo a un sistema, a fin de que los títulos se desenvuelvan en el entorno de una colección con propósitos a largo plazo.

Al fin y al cabo, lo que importa es que en el fomento del libro haya cada vez más lectores intrínsecos, para que así los lectores extrínsecos no sigan tomándonos el pelo con su pelea del peine y, en realidad, haciendo lo que Cascaciruelas.

MARTÍ SOLER

La complejidad de los problemas de la edición del libro requiere de una amplia ponencia, y aquí no queremos referirnos ni a los problemas propiamente editoriales ni a los de distribución y venta.

Toda la problemática se inicia con el lector, y es al lector a quien deberíamos dirigirnos para preguntarle cuál es su problema. La cuestión es muy simple. ¿Cuántos lectores hay?, y ¿qué quieren leer? Las estadísticas a este respecto son terribles, y pueden resumirse mediante la siguiente comparación: hay tantos (o tan pocos) lectores hoy como hace cuarenta o cincuenta años, y en ello nada tiene que ver el porcentaje de analfabetismo. ¿Qué se necesita para que la gente se interese por la lectura?

Plantearse el problema del lector implica toda una serie de estudios que por desgracia no se han hecho, y de los cuales debería ser responsable la propia SEP. Para empezar, dudo mucho que los programas de fomento a la lectura den resultados (no los han obtenido, o ¿dónde están?), por lo que es preciso que pensemos en que el esfuerzo debe ser conjunto (padres, maestros, editores, educadores, todos), colectivo y continuado. Debemos concentrarnos en esta tarea, gobierno y ciudadanía, en un esfuerzo que debe desarrollarse en casa y a partir de la propia escuela elemental, la cual no ha de limitarse a alfabetizar, sino que debe enseñar a leer, enseñar a realizar el esfuerzo que requiere toda lectura.

¿Cómo? No corresponde a este lugar plantearlo, pues es claro que también aquí deben unirse todos los esfuerzos: falla la enseñanza y el porqué debe ser tarea de todos; falla la escuela primaria, pues muchos son los "alfabetizados" y pocos los lectores; falla el libro de texto, pues no es capaz de despertar el interés del niño por su lectura; falla, desde luego, el ambiente cultural —la prensa, y otras prensas—, cuando no es capaz de llegar más que a un grupo muy reducido de gente; falla la profesionalización, cuando en instancias superiores, ¡en las universidades!, pocos son los que saben leer.

El problema de la lectura es algo más que un simple disparo en el aire: aquí están las letras y sus combinaciones, y a leer. El problema de la lectura es un problema de cultura (de cultura libresca, ¡ni modo!), en el que la pasión se despierta muy temprano o no se despierta, en el que no hay sino los libros para aficionarse a leer, en la casa o en la biblioteca (¿dónde están las bibliotecas?, ¿dónde?). Y libros que atraigan el gusto por la lectura. ¿Solución? Creo que queda apuntada: educación. Hemos perdido muchas oportunidades de iniciar esa progresión que lleva a la primera generación a tener unos cuantos libros en casa, a la segunda a incrementar ese proyecto de biblioteca, a la tercera...

¿Podemos forzar las cosas? Desde luego, pero... Cada día publicamos menos libros y, de éstos, cada día menos libros mexicanos, y, de éstos, cada día menos libros contratados por editores mexicanos. Y así sucesivamente...

También los editores debemos plantearnos nuestra parte de solución al problema. Y, para ello, debemos tener en mente la creación de libros para esas bibliotecas. Hagamos, pues, lectores, ¡ya!

(Martí Soler: Director de Libros del Umbral)

DIEGO GARCÍA ELÍO

Está claro que la realidad mexicana actual es terrible en muchísimos aspectos, y no lo es menos en materia de educación y cultura. En ese apartado, básicamente, es en donde radica el problema fundamental del libro en

nuestro país. Si bien es cierto que la crisis económica ha lastimado fuertemente los presupuestos de la gente, no me parece que la razón del por qué no se venden libros en México sea sólo el precio de éstos. La gente en México no lee. O no sabe leer o no le importa leer, o nadie le ha enseñado lo que la lectura representa —desde cultura y formación hasta entretenimiento. Así que una de las primeras medidas urgentes, necesarias para promover el libro en México, sería decirle a la gente lo que el libro *significa*. Eso me parece el problema fundamental y creo que es una absoluta responsabilidad del gobierno. Además, como es obvio, existen mil formas de ayudar a los editores mexicanos desde distintos frentes: gobiernos sí, y no sólo desde sus instituciones culturales, también en lo fiscal, en ciertas leyes absurdas que tienen que ver más con comercio, etc. También desde la iniciativa privada, intentando hacerle ver a los empresarios la utilidad e importancia de los libros, que no parecen ver siempre. Crear un sistema real, eficiente, de bibliotecas. Inventar o facilitar nuevos conductos de distribución de libros. Provocar que entre los mismos editores se compita pero también se colabore. En fin, me parece que con voluntad, que no siempre la veo, se podría rescatar al libro de las crisis monstruosa en la que está. Habría que escuchar más propuestas inteligentes, como la de Zaid y su insistencia en la necesaria ley del libro, y lograr un consenso inmediato para comenzar a actuar. Ciertas medidas son, serán, forzosamente a largo plazo, pero otras no. Algunos estímulos se podrían dar desde mañana. Ojalá y así sea.

(Diego García Elío: Director de Ediciones El Equilibrista)

JORGE A. GONZÁLEZ

Leer es una actividad que nos sumerge en otros mundos posibles y con ello nos ayuda a dotar de sentido al mundo y la vida reales, a nombrar y a organizar nuestra experiencia vital. La lectura puede ser una práctica *reflexiva* que nos confronta con otras maneras de narrar y contar las experiencias que hemos vivido o que pudiéramos o quisiéramos vivir. Sin embargo, para poder comprender la lectura, se requiere entenderla como parte de una constelación fija y a la vez móvil de otras prácticas dentro de cuyas relaciones la actividad de *leer* adquiere un sentido pleno. Ninguna práctica cultural —es decir, una actividad social especialmente hecha para generar "sentido" o interpretaciones de la realidad— puede entenderse cabalmente fuera de esa configuración desigual y cambiante en el tiempo y el espacio. Por ello es erróneo tratar de describir una práctica cultural sólo con un simple porcentaje. Cualquier descripción en términos cuantitativos sobre la lectura, debe necesariamente ser elaborada en relación

con otras prácticas: uso del tiempo libre, usos de la escritura, distancia social respecto a los equipamientos de distribución y acceso a los libros (bibliotecas públicas y librerías). La *distancia social* no siempre coincide con la distancia física: la gente puede vivir toda su vida al lado de una rica biblioteca y jamás utilizarla, puede tener en su casa libros que jamás abrirá. Así, para la mayor parte de los mexicanos, el mundo de los libros y la lectura es un territorio extranjero, ciertamente dotado de prestigio, pero en el mejor de los casos vivido como poco accesible, poco práctico, poco útil. En parte ello se debe a la manera en que la gente se inicia en la lectura y su inseparable contraparte, la escritura. Pasados 12 años de escuela (de la primaria a la preparatoria) prácticamente todo lo que se lee y se escribe es por obligación coactiva: se escribe en o para los exámenes, se lee (en libros regalados o comprados por obligación) sólo y estrictamente lo que se “dejó”, ni una palabra más, ni una página menos. El efecto es similar al que sucede en los museos donde se asiste (porque “hay que ir”) prácticamente para “asolear las muelas”, es decir, para abrir la boca (por admiración acrítica o por soporífero bostezo) frente a algo revestido de “suma importancia”, pero que no se entiende ni se puede colocar dentro de un universo de sentido más amplio. El mensaje interlineado es claro, como Alicia frente a Humpty Dumpty, no se trata de entender, sino de saber quién manda. Así pues se lee (y se escribe) en condiciones bastante desfavorables a la lectura: se lee para pasar el examen, para cumplir la tarea, dentro de un esquema vertical y digamos “pragmático” de relación con el mundo de los libros: leer un libro por placer es un gran lujo. Si hay que leerlo, pues al menos que “sirva para algo”. Los efectos son patéticos: la inmensa mayoría de los mexicanos son extranjeros indocumentados en la república de los libros.* *La mitad de los hogares mexicanos donde vive algún familiar con licenciatura* (es decir, cuando menos 16 años “leyendo”) tiene *menos de treinta* libros en su casa. El complemento viene cuando nos enteramos que de esos mismos hogares con al menos un profesionista en la familia, el 4% no tiene *ningún* libro. El panorama se vuelve patético cuando vemos los resultados de los otros hogares del país —inmensamente más numerosos— donde no hay ningún miembro que haya estudiado una carrera profesional. Por supuesto que con ello está relacionada la compra de libros: 6 de cada 10 hogares mexicanos no compró ninguno en los últimos doce meses.

* Los datos presentados son parte del estudio *La formación de las ofertas culturales y sus públicos en México, siglo XX...* (genealogías, cartografías y prácticas culturales). La información sobre la encuesta nacional en torno de las prácticas culturales en el libro *La cultura en México (tomo I): cifras clave*, México, CNCA y Universidad de Colima (en prensa), de Jorge A. González en colaboración con Guadalupe Chávez.

En un país en que la pobreza extrema ha crecido de manera singular, podría esperarse un uso extenso de las bibliotecas públicas para adentrarse en el mundo de los libros, sin embargo, para seguir con los profesionistas, cuando menos la cuarta parte de ellos jamás ha visitado una biblioteca. Si atendemos a la información que corresponde a las personas que cursaron sólo primaria, *seis de cada diez mexicanos nunca ha estado en una biblioteca pública*. Si a esto le agregáramos la distribución espacial y el crecimiento de los equipamientos en el país relacionados con el libro a lo largo del siglo, tendríamos una configuración más densa, más documentada y menos menuda de la práctica de lectura. ¿Qué hacer frente a ello? Desde el terreno de la investigación, se pueden señalar algunos puntos:

1) Necesitamos fomentar y reforzar un sistema de información cultural, de alcance cuando menos nacional y regional, que genere de manera regular y periódica información *básica* de carácter *público* y *abierto* sobre las diversas configuraciones en que se ejercen las prácticas culturales de los mexicanos, entre ellas especialmente la lectura. Sólo tenemos información parcial, dispersa y de acceso restringido o inalcanzable y por ello inútil para la toma de decisiones y el diseño de estrategias culturales fundadas en criterios menos aleatorios o de plano, “*melatistas*”.

2) Se requiere conocer cómo (en qué condiciones, con cuáles recursos, con qué costos, etc.) las cifras anteriores logran reducirse precisamente con la generación de lectores. Tenemos una enorme laguna en el conocimiento de la formación y la transformación de los públicos de la cultura: ¿cómo se incorporan las “enzimas” culturales para pasar de los estados de perplejidad admirativa y práctica obligada a otros modos más expansivos de lectura? Me temo que muy poco sabemos.

3) Se necesita conocer e investigar a fondo las características cambiantes de los públicos. Falta información longitudinal para comprender e interpretar la formación social de los “gustos” y su transformación en el tiempo y en el espacio sociales, leer es un acto pautado por cierta temporalidad y espacialidad.

4) Por último, creo que nos será de enorme beneficio para incrementar la cultura del libro, el conocer las características de los diferentes sectores de públicos, que son ciertamente efecto de una trayectoria y con ello podamos diseñar una estrategia de difusión diversificada y de vasto alcance que sea capaz de tomar en cuenta las especificidades de cada sector.

(Jorge A. González: Cordinador del proyecto Formación de Ofertas y Públicos Culturales de la Universidad de Colima cuyos resultados serán publicados en el libro *La cultura en México (tomo I): cifras clave* que coeditará la Universidad de Colima y el CNCA).

JORGE VELASCO FÉLIX

Tanto se ha dicho y lucubrado sobre la industria editorial frente a la crisis económica del país, que estimo altamente positivo el sentido de la "encuesta para recoger ideas sobre cómo apoyar al libro en nuestro país" emprendida por *Vuelta*.

Hemos venido proponiendo al Consejo Directivo y a los asociados de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, diversas acciones inmediatas para fortalecer el ejercicio de la misión a que están llamados: promover la cultura, la información y el entretenimiento por medios escritos, impresos o grabados en cualquier tipo de soporte.

Partimos del hecho de que México representa frente a toda América Latina —desde el ángulo comercial y para un considerable número de editores extranjeros en idioma español—, el sesenta por ciento de sus ventas de libros y publicaciones periódicas, por lo que se antoja ligero el comentario de que en *en este país no se lee*. De pronto pudiéramos ir al terreno subjetivo de la calidad, que no es el caso ni el enfoque de estos comentarios.

También sabemos que el editor mexicano está cada día adquiriendo la vocación de exportador y perfeccionando sus sistemas y métodos administrativos y comerciales.

¿Qué proponemos?

Como uno de los problemas más agudos es que el editor no ha sido considerado tradicionalmente por la banca como sujeto de crédito, se logró que Nacional Financiera, la Productora e Importadora de Papel y la banca privada, le concedan crédito —que podemos calificarlo como *blando*—, para la compra de papel destinado a la edición de libros de texto. Cada una de estas instituciones asume parte del riesgo, con lo que se agilizan y se evitan al máximo posible los engorrosos trámites para su obtención.

Esta es la primera experiencia. Continuaremos con la fuerza de los consejeros y ejecutivos de la CANIEM, buscando caminos para que los apoyos financieros se ofrezcan a todas las ramas de la industria: libros, periódicos y revistas y aún más allá: a la cadena productiva: distribuidores, libreros y talleres.

A fin de lograr la mayor seguridad jurídica a los editores, hemos conseguido con el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, que nos auxilien en la preparación del cuerpo normativo adecuado, para una Ley del Libro Mexicano y Fomento del Hábito de la Lectura.

Al respecto, una comisión de destacados editores prepararon un estudio que comprende todo lo que en su criterio debe contener ese instrumento legal. Se le entregó al Instituto, junto con otro material útil como lo es —por ejemplo—, las leyes del libro vigentes en diversos países.

En breve estaremos en aptitud de analizar y comprender ese estudio para —con el consenso de todos los interesados—, entregarlo a las autoridades correspondientes. Estamos seguros de que lograremos esa Ley ya que sentimos que no sólo existe simpatía por parte de las más altas autoridades, sino la convicción de que es indispensable tener un cuerpo normativo que dé seguridad jurídica a quienes se dedican a esta actividad.

La promoción del hábito de la lectura es otro de los asuntos que ocupan nuestra atención. En breve estaremos en posición de dar a conocer un programa para estimular la lectura.

En todos los programas y proyectos que estamos trabajando contamos con el apoyo de las más altas autoridades del país y muy especialmente del Consejo para la Cultura y las Artes. También estamos acudiendo a los gobiernos de los estados de la Federación, a fin de obtener la suma de voluntades en beneficio de la educación y el fortalecimiento de la Industria Editorial y de sus objetivos a nivel nacional.

Gran parte del tiempo de quienes nos hemos comprometido con la CANIEM, lo estamos dedicando a preparar lo que proyectamos será la mayor promoción de la industria a través de las ferias internacionales del libro. De conjuntarse todas las voluntades llevaremos a la Feria de Frankfurt y a todos los espacios nacionales e internacionales, no únicamente los libros, sino los demás servicios y bienes que poseemos: fotografías, arte gráfico, monografías educativas (que, cabe señalar, son pirateadas en diversas regiones del mundo pues sus editores no tienen la experiencia para comercializar derechos), papel, impresión y servicios de distribución para la correcta comercialización.

Tenemos mucho que ofrecer y con gran calidad. Hemos examinado los catálogos de numerosísimos editores. Un enorme porcentaje de títulos de autores nacionales deberían traducirse a otros idiomas. Vamos a intentar vender lo que se hace. Nos avala nuestra gran tradición como editores serios. Qué bueno que vayamos a las ferias de profesionales a adquirir derechos. Nos enriquece. Pero cada día tenemos qué hacer más para difundir en el extranjero los frutos de la creatividad nacional.

(Jorge Velasco Félix, director de CITEM y presidente de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana).

MA. TERESA MARTÍNEZ LÓPEZ

Al pensar en el libro como fuente de conocimiento y parte fundamental de la cultura del ser humano, de su formación y conscientización nos estamos remitiendo a la importancia social que tiene este objeto. La primera idea que inunda nuestra mente es la diversidad de acto-

res que colaboran en el nacimiento de él, sus tareas y sus responsabilidades para hacer llegar al gran público este bien de consumo. Nos referimos a los editores, bibliotecarios, libreros, autores, impresores, diseñadores y muchas otras manos por las que atraviesa la elaboración de un libro, pero finalmente el personaje más importante: el lector. Sin este último, ningún papel impreso tendría razón de existir. Quien hace libros deberá pensar irremediablemente en su destinatario.

Esta idea nos lleva de la mano a las primeras reflexiones: ¿Cuáles son los criterios reales que se ponen en juego para editar este o aquel título? ¿Qué se edita en nuestro país? ¿Cuántos ejemplares se tiran de este o aquel título de libro o revista? ¿Quién leerá esas y otras páginas impresas? ¿Qué necesita la sociedad mexicana leer, por qué y para qué?

Para responder estas preguntas, entre otras, tenemos que partir del hecho de que el bajo nivel educativo de la población mexicana no le permite acercarse a los libros, además de que los precios de estos se han incrementado en gran proporción debido, entre otras razones, al indiscriminado costo de papel.

Sin embargo no sería justo quedarnos con esa sentencia; algunas de las propuestas para nuestro país podrían parecer ciencia ficción, pura ilusión y fantasía, pero no debemos quitar de nuestra mente trabajar diaria y arduamente para lograr este objetivo: educar sin reservas al mexicano.

¿Y qué significa educar? Hacer llegar al mayor número posible de ciudadanos las letras de nuestro alfabeto, enseñarlos a leer y escribir, tarea que ayudará a que los mexicanos se acerquen al pensamiento y puedan encontrar las razones de tantos fenómenos que atañen a su sociedad.

Estamos ciertos de que no basta que las personas aprendan a leer y escribir para que se acerquen automáticamente a los libros y aprendan a amarlos. Para ello, se necesitan instructores capaces de llevar de la mano al individuo, es decir a través de lecturas dirigidas, a disfrutar de ella, sintiéndola no como una tarea obligatoria sino como una acción que produzca el placer por leer, por conocer, por encontrar y crear historias y fantasías que revoloteen nuestras mentes.

Una vez puesta en la mesa esta idea de educar para conocer, podríamos mencionar algunas propuestas para darle al libro el lugar que creemos se merece.

Hacia una ley del libro: la industria editorial, prioritaria; el lector, objetivo principal

Las siguientes propuestas no tienen una jerarquización específica, creemos que todas guardan la misma importancia:

1. La existencia de una Ley del Libro en México es inminente y urgente. No debería pasar más tiempo sin

ella, es indispensable reglamentar y fundamentar todo lo relacionado con él y la lectura, así como con todos los participantes en el mundo del libro. Esto nos permitirá obtener un beneficio social para México de enormes dimensiones, particularmente en el terreno educativo.

2. Esta Ley deberá contemplar varios aspectos, uno de ellos nos remite a pensar en las tareas de promoción y difusión que el libro deberá tener. Es decir debemos buscar los canales adecuados que permitan hacer llegar al mayor número de personas lo que se produce en materia editorial. Presentarle de manera asequible la oferta del material de lectura, que determinará no sólo las bases de su educación sino su posterior formación profesional.

3. No es suficiente que las personas aprendan a leer únicamente sino que aprendan a encontrar en las páginas de un libro algo que les interese y despierte su curiosidad, para ello se debe trabajar consistentemente en los denominados *talleres de fomento a la lectura*, que son acciones, entre otras, que buscan que las personas puedan encauzar sus gustos y preferencias, despertar su imaginación en torno a las páginas que hojean. Si nosotros logramos interesar a nuestro lector en las líneas de un texto, independientemente de su edad, poco a poco lograremos su interés por conocer cada vez más su propia historia y la de otras culturas.

Deberá existir un organismo especializado que lleve a cabo cruzadas permanentes de acercamiento a los libros no solamente en escuelas, sino también en centros de cultura, bibliotecas, centros de trabajo, clubes, sitios de recreación, etc.

Creemos que una herramienta fundamental en estas tareas es el juego, porque a través de actividades divertidas los niños asimilan sus primeros conocimientos y el uso de libro se convertirá en una actividad placentera.

Respecto a la población adulta, consideramos que carece desafortunadamente de hábitos de lectura, sin embargo aunque su acercamiento con los libros no es rápido tampoco es imposible. Estas tareas se podrán realizar integrando en sus centros de trabajo *talleres o círculos de lectura* dirigidos, que le permitan ir asimilando poco a poco las lecturas en cuestión, estimulando a través de ciertas promociones a quienes trabajen en los grupos de lectura.

4. Un punto que deberá estar presente en la reglamentación de los libros se relaciona con la existencia y el uso de las bibliotecas. Creemos que lo más importante no es el número de éstas, que indudablemente se ha incrementado en México en los últimos años, lo importante a considerar es la calidad de las mismas. Es sabido que hoy en día encontramos bibliotecas en muchas comunidades rurales, apartadas de la gran urbe, pero cuál es la calidad de éstas, qué ofrecen a los usuarios para estimular el acercamiento con los textos.

¿Cuál es en realidad su oferta?

Aquí valdría mencionar que el papel del bibliotecario debería reivindicarse; su preparación, en la mayoría de los casos, es limitada pues no tiene la capacitación suficiente para ser un promotor eficaz de la lectura y realiza apenas tareas de simple catalogador. Se trata de hacer del bibliotecario un auténtico promotor dentro de su comunidad; en una palabra: profesionalizarlo.

5. Una vía de acercamiento entre el lector y los textos son las ferias de libro; a través de éstas se difunde la cultura, se propicia el contacto con los libros, se fomenta la lectura mediante cursos y talleres, entre otras actividades. Las ferias son además escenarios que propician la vinculación de la industria editorial mexicana con el lector y, en los casos de las ferias internacionales, ponen al alcance del público las ediciones de otros países, generándose así un intercambio cultural con otros pueblos.

Las ferias son eventos de comercialización con los productos provenientes de las compañías editoras y los proveedores de información, eventos que ofrecen acceso a los diversos mercados nacionales e internacionales. Apoyan la industria del libro en ambos mercados. Son puntos de encuentro de todos los personajes que de una u otra forma tienen que ver con el libro. Entre más ferias de libro existan, tanto en la ciudad como en nuestras regiones, el lector tendrá la oportunidad de diversificar y acrecentar su cultura.

Debería existir un organismo especializado que dedique sus esfuerzos a planear y coordinar las tareas de promoción del libro a través de las ferias de libros. Además de las ferias fijas, podrían existir muchas itinerantes, las cuales podrían cubrir la mayor parte de barrios y colonias en la ciudad así como a las comunidades rurales para hacer llegar los libros de temas variados a precios populares. No se requiere una gran infraestructura, bastaría acondicionar varios "camiones de pasajeros" que reunieran los requisitos de una librería móvil que recorriera las calles de la ciudad y los pueblos de nuestro vasto territorio. Aunado a esta promoción, las actividades artístico-culturales tendrían un papel muy atractivo para la población.

6. Deberán ser abolidos los aranceles que tienen ciertas materias primas que son utilizadas en la elaboración de los libros. Exención de todo impuesto a fin de librar este gasto del precio final del libro, pudiendo ahorrar con ello una pequeña proporción del costo total del mismo. Asimismo el pago del impuesto al valor agregado tendría que ser erradicado para que los autores no lo pagaran al recibir sus regalías.

7. La piratería de los textos debe ser sancionada. Hoy por hoy, los editores se quejan continuamente de la violación que sufren los derechos de autor. Las fotocopias se han popularizado y creemos que esta práctica debe ser reglamentada. Sabemos que el hecho tiene una estrecha relación con los altos precios de los libros,

por ello debemos pensar nuevamente en que los costos de éstos deben abarataarse cada vez más a efecto de poder ofrecer a la población libros de buena calidad pero con precios accesibles.

8. En relación a las librerías. Éstas son otro punto de la cadena que forma el libro. Concretamente, con los libreros sería conveniente regular el mercado de los libros, tratando de establecer criterios homogéneos que permitan una relación más equitativa entre editor—librero—comprador (lector). En especial, creemos que sería oportuno regular los criterios de venta en relación con el libro de texto...

(María Teresa Martínez López: Directora General de la Feria Internacional del Libro de Minería).

MAURICIO ACHAR HAMUI

Sugiero:

1. "Llevar el libro a la calle", mediante ferias en plazas públicas, con acceso a todo público, libre y gratuitamente. No en recintos cerrados.

2. Obtener de las autoridades delegacionales del Distrito Federal los correspondientes permisos para instalar dichas ferias en lugares accesibles y en fechas predeterminadas de manera que no interfiera este evento cultural con algún otro acto público de mesas que no sea afín con nuestro objetivo.

3. Elaborar un calendario ferial de suerte que en todas y cada una de las Delegaciones del D.F., se celebren dos ferias al año, con un intervalo de seis meses entre una y otra.

4. Programar estos eventos de suerte que no coincidan en las mismas fechas en dos delegaciones contiguas.

5. Procurar la obtención de los mayores espacios y tiempos posibles en los medios de difusión masiva (radio, televisión, prensa, etc.), gratuitamente, de todos esos espacios y tiempos a que tiene derecho el Estado y ocuparlo en campaña inductora a la asistencia del público.

6. Involucrar a las principales casas editoras de libros y música, fabricantes de juegos educativos y los principales libreros del país a ser feriantes en estos eventos, con el irrevocable compromiso de participar en todas y cada una de las ferias.

7. Inducir a todos los feriantes a ofrecer material abundante a los precios más accesibles posibles y conducentes al desarrollo cultural.

8. Considerar en convocar a intelectuales y artistas residentes de cada delegación para que ofrezcan su colaboración en algún acto público dentro del recinto de la feria,

9. Considerar, también, la posible convocatoria, du-

rante el desarrollo de cada feria, para que los residentes de la delegación en que ésta se esté celebrando, se preparen a concursar durante la segunda feria en el mismo lugar, (a los seis meses), con creaciones literarias (novela, cuento, teatro y música), que bien pudieran ser recompensadas con premios a cubrir a partes iguales entre todos los feriantes, mismos que fungirían de jurado con voto igualitario.

10. Reglamentar para todos los feriantes el tamaño y forma de la carpa.

11. Que cada feria tenga una duración mínima de cinco días y máxima de siete, así como un margen previo de dos días para su instalación y otros dos para su desmantelamiento.

12. Importantísimo considerar, con base en los resultados obtenidos en las delegaciones del D.F., la posibilidad de extender el programa de ferias a provincia, considerando que existen más de cien ciudades con población superior a los 100 000 habitantes.

(Mauricio Achar Hamui: Director General de Librería Gandhi).

MARGARITA SIERRA

Estos son algunos problemas y alternativas para la promoción del libro mexicano:

1. A nivel internacional: el acceso a la información.

En los umbrales del siglo XXI, cuando la información se convierte en una mercancía valiosa las naciones dejan de ser de primera o de tercera para convertirse en países informados o desinformados, México, una vez más está a merced de los países que cuentan con la infraestructura necesaria para procesar, comercializar y exportar esa información.

Se torna necesario plantear a los editores y a los formadores la discusión en torno a la información: ¿Cómo se obtiene la información generada por los países del primer mundo? ¿Cómo se capacita a un pueblo para obtener y usar la información necesaria para enfrentar los retos de la modernidad?

Si retomamos las estadísticas presentadas por la Feria de Frankfurt, América Latina produce alrededor de 40 000 títulos al año. Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y los países Escandinavos producen alrededor de 450 000. La comunidad Europea compra anualmente más de 70 000 derechos y licencias. Los países latinoamericanos adquirimos derechos de solamente mil 500 títulos internacionales. De estos títulos el 7% son temas científicos y técnicos, o sea 214 títulos, lo que significa nuestro aislamiento de la gran revolución científico-técnica de los países del primer mundo.

Esa incapacidad de acceso a la información es nuestro primer problema.

2. A nivel nacional: la centralización.

El segundo problema es la centralización de la industria editorial en la ciudad de México. Los editores, en general, se contentan con editar libros para el mercado del D. F. Al analizar los tirajes nos damos cuenta que son pocos los que piensan en el mercado nacional.

También la distribución es un difícil problema. Se menciona en las estadísticas de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana que se cuentan con 800 librerías en México y 500 en el resto de la república, cuando sabemos que, en realidad, no hay más de 500 librerías en toda la república y por lo tanto es sumamente difícil lograr una verdadera promoción del libro si tenemos una librería por cada 180 000 lectores.

La situación es compleja, tiene que ver con la relación editor y librero; el gremio librero no tiene la fuerza del gremio editor, es poco el apoyo que se da a los librerías. En varios países del primer mundo los editores no pueden vender libros directamente: pasan por el distribuidor y el librero, esto le da una gran protección a las librerías.

Por otro lado la venta de grandes superficies está replazando a las librerías, y está también la información que viene en soporte óptico y en soporte magnético que no está siendo vendida en librerías sino en las tiendas de Hardware.

El problema tiene que ver con el número de lectores que hay en México. Según las estadísticas de la CANIEM, en 1994 se imprimieron 92 millones de libros, lo que corresponde a un libro por habitante, en caso de haberse vendido todos. Pero sabemos que alrededor de la mitad no se venden. Por lo tanto tenemos medio libro por habitante.

Si esos 45 millones de libros vendidos se dividen de manera arbitraria en los 27 000 puntos de venta quiere decir que cada punto vende alrededor de 136 libros al mes, que no creo sea un buen negocio para las librerías.

3. La lectura debe convertirse en un derecho de cada mexicano.

El fomento a la lectura es un problema que solamente puede resolver la sociedad en su conjunto. Toca a los ciudadanos formar con los editores, la iniciativa privada y el gobierno, una estrategia permanente de promoción a la lectura.

Toca a cada uno de nosotros comprometernos con la elaboración y puesta en práctica de una campaña de lectura en nuestra ciudad. La lectura es un problema de la sociedad civil y no únicamente de las escuelas.

Una sociedad donde los niños no son lectores no puede ser una sociedad democrática.

La lectura, como solía decir un promotor, se da por contagio. Si en casa el libro no es algo importante, si los padres no leemos, es difícil que los niños lo hagan. La lectura es una práctica que se desarrolla con la vida y los padres que no leen no pueden inculcarla a los hi-

jos. Es importante que entre nuestras obligaciones como adultos, esté la de llevar a los niños a las bibliotecas y mostrarles cómo usarlas y también a enseñarlos a comprar libros en las librerías y finalmente contagiarles nuestro placer de leer, que es el mejor de los regalos que se le puede hacer a un ser humano.

(Margarita Sierra: Directora de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara).

AMALIA PORRÚA

La crisis de las librerías, a mi parecer, obedece a la situación económica. El precio de los libros es muy alto en relación con los ingresos de la mayoría de los lectores o de los candidatos a serlo. La lectura ha pasado a ser solamente para unos cuantos y cada vez es menor el número de compradores constantes que por necesidad o por vicio, por afición o curiosidad acuden a las librerías, a las pocas que aún existen.

Nuestros comercios agonizan y los editores contribuyen a ello, con políticas duras e injustas que nos sacan automáticamente de la competencia. Su respuesta ante la difícil situación fue la concesión de excesivas facilidades y descuentos a tiendas de autoservicio, Sarnboms y Gandhis, que en un principio solucionaron sus problemas inmediatos, pero que posteriormente impusieron condiciones y precios conscientes de que son ya muy pocos los lugares y escaparates de venta.

El editor actualmente adopta políticas de otros mercados, como por ejemplo el de los abarrotes y sufre de las mismas consecuencias. Remates, material destinado a su tercera parte del valor para el mercado ambulante, y sus compradores aprovechan, mientras que el lector desorientado no sabe a quién acudir para comprar un libro.

En contraste los libreros tenemos que llenar 28 000 requisitos para vender una novedad a precio de catálogo, con un 30% de descuento, de contado y sin derecho a devolución, a sabiendas de que el mismo título va a venderse en la esquina, en el suelo a la tercera parte o que en Gandhi estará expuesto en \$ 1.00. Desapareció una ética comercial que demostró ser buena y colocó al libro en otra dimensión desde la invención de Gutenberg.

Volviendo al pasado, porque a veces se aprende, hace casi ya 200 años que editores y libreros fijaron políticas que demostraron ser buenas:

Sistemas de venta con derecho a devolución, consignación, escalas de descuentos con diferencias no mayores al 20% entre cada comprador, bonificaciones, y mismas ofertas de remate, aun cuando los ejemplares estén en librería a precio anterior. Es decir una democracia bien entendida.

Durante la crisis editorial del siglo XVII, ocasionada por cuestiones políticas y religiosas, las bodegas de los impresores estaban repletas y se fomentaron las ferias, el comercio ambulante organizado y los establecimientos fijos con iguales ventajas. Y fue tal el éxito que pese al reducido número de lectores, logró venderse la edición de la Biblia de Lutero con un tiraje de 5 000 ejemplares y los Coloquios de Erasmo de 24 000.

Regresar a esas políticas con algunas modificaciones, sería lo ideal. Crear espacios de venta, con libreros independientes, no metidos en grandes cadenas o uniones que, repasando el pasado demostraron no ser buenas (Librerías de México); ayudar al librero a conseguir concesiones de locales en instituciones y universidades, crear el callejón del libro en varios puntos de la ciudad, como en el centro por ejemplo, bien organizado sin privilegios ni concesiones a unos cuantos, sería un buen principio, para después pensar en soluciones más sofisticadas.

El librero a lo largo de la historia, resultó ser el mejor vendedor de libros, como el abarrotero de abarrotes o el verdulero de jitomates. Su trato constante con el público, el conocimiento de sus gustos, el interés por promover su mercancía y por atraer lectores no se va a lograr en las tiendas de abarrotes.

Esta es a grandes rasgos mi opinión sobre la situación de las librerías, negocio al que me dedico desde hace más de veinte años y que he visto siempre como una actividad un poco fuera de los intereses de otro tipo de comercios, el de promover dignamente la cultura.

(Amalia Porrúa: Gerente de la Antigua Librería Robredo y Directora actual de La Librería). 

